

Salutatio Febrero 2007

El camino calasancio de la humildad para alcanzar el amor

*Jesús María Lecea, Sch. P.
Padre General*

Cuando en junio pasado, escribía la *salutatio* sobre la pobreza calasancia, baluarte inexpugnable de la Orden según Calasanz, me di cuenta que había que escribir en algún momento sobre la humildad. Solamente así cabe tener una idea completa del pensamiento calasancio sobre el fundamento o cimiento de la virtud en la persona del educador escolapio. En efecto, Calasanz considera la pobreza como madre y progenitora de la humildad: “los religiosos amarán la venerable pobreza, madre de la exquisita humildad” (*Constituciones del 1621, N. 137*).

La meta de toda vocación cristiana y concretamente de toda vocación religiosa es la caridad o amor. Calasanz asume este mismo principio para la vida del escolapio: “Esto mismo y con todo empeño se propone hacer nuestra Congregación: tender a la perfección de la caridad como a su fin verdadero” (C 4). Pero si el amor es la meta de la vida escolapia, la humildad es el verdadero y único camino; la humildad es el camino recto y seguro para conseguir la perfección del amor. “Se empeñarán -escribe Calasanz a una comunidad escolapia-, si me creen, en ser humildes y pobres de verdad, ya que entre estas dos virtudes habita a gusto la santa caridad que es el fin de todas las Religiones” (*carta 1662*). Calasanz, pues, quiere que todos sus educadores practiquen “la virtud de la santa humildad, si quieren conseguir la verdadera caridad y santo temor de Dios y entender con verdadero fundamento las cosas del espíritu” (c. 3761).

Siendo éste, con toda claridad y transparencia, el pensamiento del Fundador, no es de extrañar que nuestras Constituciones aludan con tanta frecuencia a la humildad del escolapio. Para comenzar, “con actitud humildemente agradecida” debemos reconocer que la Orden es obra de Dios y creación del “afortunado atrevimiento y tesonera paciencia” de Calasanz (C 1). “En actitud humilde debemos esperar de Dios... los medios necesarios que nos transformen en dignos cooperadores de la verdad” (C 6). Siguiendo el consejo del Santo Padre se recomienda al escolapio esforzarse en la práctica de “actos de humildad” (C 43), vivir la castidad consagrada “en actitud humilde” con un trato familiar con Dios, esperando de El las fuerzas necesarias (C 57). El formador acepta su servicio “con fe y humildad” (C 107). La referencia básica para ser humildes es considerar que Cristo vive con los humildes y llama al escolapio “a la sencillez de los pequeños diciendo: *si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos*” (C 19). Jesús, además, eligió entre los humildes a María y a Calasanz, “quien aprendió la humildad y otras virtudes experimentando la verdadera pobreza” (C 64). En la vida comunitaria del escolapio es la “delicada sencillez” la que debe regular a cada uno en sus relaciones fraternas (C 30). La humildad y la

sencillez de vida son virtudes del estilo escolapio (R 36) y, por ello, a imitación de Calasanz y como educadores “haremos que nuestra vida se revista de sencillez... y humildad” (R 109).

¿Todas estas llamadas a la humildad, tan claras y repetidas en nuestro proyecto de vida descrito en Constituciones y Reglas, no está diciendo a voces que, como escolapios, el camino de la humildad es el camino para alcanzar el amor, meta de nuestras vidas?

¿Somos humildes? Conozco escolapios verdaderos que lo son. Son los testigos y guías, silenciosos generalmente, que indican caminos seguros de santidad. ¿Todos estamos en dicho camino? Esta es la pregunta que no debemos evitar hacernos. Además de la íntima e indisoluble relación que existe entre humildad y amor auténticamente evangélico y de la imitación de Cristo que implica nuestro seguimiento, ilustrada a la perfección por el ejemplo de María y de nuestro Fundador, éste propone algunas razones más a nuestra consideración que nos dan el sentido de la humildad para el escolapio. El educador escolapio debe practicar la humildad porque ésta es, según Calasanz, inherente al oficio mismo del educador, que debe continuamente adaptarse al nivel cultural, moral y humano, “a la capacidad de los niños”, usando palabras suyas. Ciertamente la humildad es uno de los factores más eficaces de toda actividad pedagógica, según Calasanz. Llega a tanto su admiración por la humildad que, según él, el educador escolapio debe permanecer humilde incluso cuando llegara eventualmente a palpar el éxito de su trabajo, “porque podría ser que el provecho de los prójimos procediera más de la oración de otros que de su propia fatiga” (c. 2947). Qué interesante leer esto para comprender cómo todo escolapio, aun en su años de ancianidad o en situaciones de enfermedad, lleva adelante la misión escolapia, aunque no esté presente en el surco. Después de todo esto, no parece exagerada la afirmación de Calasanz diciendo que la humildad es connatural a nuestro Instituto (Sántha, *San José de Calasanz*, p. 95).

Para ayudarnos a responder a la pregunta formulada sobre nuestra humildad, la personal de cada uno y la que podemos mostrar colectivamente, se me ha ocurrido, parafraseando el conocido “cántico a la caridad” de San Pablo en su Primera carta a los Corintios, ofrecer algunos rasgos de lo que es y significa ser humildes. Al hacerlo, he unido los dos conceptos de humildad y sencillez en uno. Este binomio aparece muy unido e interrelacionado en los escritos de Calasanz. Baste un ejemplo entre muchos: “En nuestra Religión se vive con sencillez y humildad, persiguiendo y castigando severamente la soberbia “ (c. 2577; cfr. Sapa, *Teologia spirituale e pedagogica di S. Giuseppe Calasanzio*, pp. 117-118: Sencillez y humildad en la espiritualidad calasancia).

Al humilde se adecua cuanto S. Pablo afirma del que ama verdaderamente: es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia; no es grosero, ni egoísta; no se irrita, ni lleva cuenta del mal, ni acude constantemente a su memoria de agravios; por el contrario, todo excusa, todo cree, todo espera, todo lo aguanta (cfr. 1 Co 13, 4-7).

Sencillez y humildad no es narcisismo ni presunción; no es fastuosidad ni aires de grandeza; no es ni artificialidad ni doblez ni altanería. El humilde no adopta la actitud de autosuficiente que lo lleva a ser un creído de sí

mismo, ni está dominado por el afán de sobresalir o destacar con una singularidad afectada.

Sencillez y humildad es autenticidad y limpieza de corazón; desapego y olvido de sí mismo; apertura y cordialidad; serenidad y modestia; ausencia de prejuicios y fidelidad al Espíritu. El humilde y sencillo está siempre dispuesto a aprender lo bueno de los demás, a quienes valora sobre sí mismo; sabe de sus limitaciones y no acostumbra a acusar al prójimo por lo que le pasa; se examina a sí mismo y no condena a nadie con sus juicios; se inclina más a soportar el mal que a realizarlo; no busca vengarse de las injurias; considera, por el contrario, ganancia ser ofendido a causa de la verdad; prefiere hacer a indicar qué se debe hacer; no usa discursos tortuosos, ni palabra inflada, ni gestos ampulosos; no mira a si lo que dice o hace está bien visto, sino a que sea bueno para todos; está siempre dispuesto a dar explicaciones incluso cuando, sin pretender ofender, otra persona se siente herida.

La vida hoy, en una sociedad del espectáculo y de la apariencia, marcada por la complejidad y la sobreabundancia, revela con más fuerza si cabe la necesidad de ir a lo esencial, de reducir la complejidad, de simplificar. La vida de consagración, por otra parte, es en realidad algo sencillo, como lo es la misma vida cristiana. Benedicto XVI recuerda que “la señal de Dios es la sencillez”. Al hablar de humildad y sencillez, rápidamente viene a la mente de un escolapio la imagen evangélica del niño. Este se presenta con una expresión sencilla; es la vida sin mentiras o exageraciones. La sencillez, con todo, no es infantilismo; es la infancia vuelta a encontrar, pero ya fruto del propio dominio y de una progresiva liberación del amor propio. Se aprende poco a poco y es fruto de un ejercicio espiritual continuado. Se inspira en la Palabra y acude al ejemplo de los santos. La sencillez y la humildad no deben confundirse, pues, con la ingenuidad de quien no sabe, con el incauto o improvisador, con el simple de mente.

En una sociedad como la nuestra, muy embebida de autosuficiencia y de arrogancia, hambrienta de poder y de éxito -no pensemos que los ambientes eclesiásticos están exentos de todo esto- la sencillez y humildad serán virtudes poco valoradas o no tenidas en cuenta, ridiculizadas incluso. Su valor e importancia se adquieren en referencia a quien fue “el de corazón humilde” (Mt 11, 29). La manera de ser de Jesús explica por qué acude a la imagen del niño (Mt 18, 2-5): porque su realidad es un estado de confianza, no están dominados por la impaciencia y el afán de medrar socialmente, no son arrivistas o calculadores, no están todavía marcados por la autosuficiencia en la vida (cfr. Mt 7, 26-28).

La humildad no es algo que crece espontáneamente, aunque también se conocen temperamentos sencillos. Juan XXIII escribió de sí mismo: “el ser sencillo, sin pretensión alguna, a mí no me cuesta nada; es una gracia grande que el Señor me hace”. Pero añade a continuación: “quiero mantenerme y ser digno (de tal gracia) ... queda el esfuerzo vigilante de reducir todo, principios, apreciaciones, opiniones, asuntos, a la mayor sencillez y calma” (*Il giornale dell'anima*).

El camino calasancio de la humildad es conversión, como todo lo evangélico. A todos, ya despidiéndome, buen camino cuaresmal en humildad y fervor.